

Mesena, y encontrándose junto al collado Eüan con Dinocrates, que tambien iba en busca de ellos; á este lograron rechazarle; pero como sobreviniesen de pronto unos quinientos que habian quedado en custodia del pais de Mesena, y tomasen los vencidos las alturas luego que los vieron, temiendo Filopemen ser envuelto, y mirando tambien por sus tropas, dispuso su retirada por lugares ásperos, poniéndose á retaguardia, haciendo muchas veces cara á los enemigos, y atrayéndolos hácia sí; los cuales sin embargo no se atrevian á embestirle, sino que solo correspondian con griteria y carreras desde lejos. Separábase frecuentemente por causa de aquellos jóvenes, acompañándolos de uno en uno, y con esto no advirtió que habia llegado á quedarse solo entre gran número de enemigos; y lo que es á venir á las manos con él nadie se atrevia; pero de lejos le impelían y arrastraban á sitios pedregosos y cercados de precipicios; de manera que con dificultad gobernaba y aguijaba el caballo. La vejez por la vida ejercitada que habia tenido le era ligera, y en nada le estorbaba para salvarse; pero entonces, falto de fuerzas por la debilidad del cuerpo, y fatigado con tanto caminar, se habia puesto pesado y torpe, y tropezando el caballo lo derribó al suelo. La caída fue terrible, y habiendo recibido el golpe en la cabeza, quedó por largo rato sin sentido: tanto que los enemigos, teniéndole por muerto, intentaron volver el cuerpo y despojarle; mas como levantando la cabeza se hubiese puesto á mirarlos, acudido en gran número, lo echaron las manos á la espalda, y á él se le llevaron, usando de mil improprios é insultos con un hombre que ni por sueño podia haber temido semejante cosa de Dinocrates.

En la ciudad, llegada la noticia, se pusieron muy ufanos, y corrieron en tropel á las puertas; pero cuando vieron que traian á Filopemen de un modo tan poco correspondiente á su gloria y sus anteriores hazañas y trofeos, los mas se compadecieron y consternaron, hasta el punto de llorar y de despreciar el poder humano, teniéndole por incierto y por nada. Así al punto corrió entre los mas la voz favorable de que era preciso tener presentes sus antiguos beneficios, y la libertad que les habia dado, redimiéndolos del tirano Nabis;

pero unos cuantos, queriendo congraciarse con Dinocrates, proponian que se le diese tormento y se le quitase la vida, como enemigo poderoso y difícil de aplacar, y mucho mas temible para Dinocrates si lograba salvarse despues que este le habia maltratado y hecho prisionero. Mas lo que por entonces hicieron fue llevarle al que llamaban tesoro, que era un edificio subterráneo, al que no penetraban de afuera ni el aire ni la luz, y que no tenia puertas, sino que lo cerraban con una gran piedra que ponian á la entrada: encerrándole pues en él, y arrimando la piedra, colocaron al rededor centinelas armados. Los soldados aqueos, luego que se hicieron un poco de la fuga, echaron menos á Filopemen sospechándole muerto, y estuvieron mucho tiempo llamándole, y tratando entre sí sobre cuan vergonzosa é injustamente se salvarian, habiendo abandonado á los enemigos un general, que tanto habia expuesto su vida por ellos: fueron pues mas adelante con gran diligencia, y ya tuvieron noticia de como habia sido cautivado; la que anunciaron á las ciudades de los Aqueos. Fue esta para todos de grandísima pesadumbre, y determinaron reclamar de los Mesenios á su general, enviando al intento una embajada, y entre tanto se preparaban para la guerra.

Esto fue lo que hicieron los aqueos; mas Dinocrates, temiendo en gran manera que en el tiempo mismo hallase su salvamento Filopemen, y desiendo prevenir las disposiciones de los Aqueos, luego que fue de noche, y que la muchedumbre de los Mesenios se retiró, abriendo el calabozo hizo entrar en él al ministro público, y que llevando un veneno se le propinara, sin apartarse de allí hasta que lo hubiese bebido. Estaba echado sobre su manto sin dormir, entregado al pesar y sobresalto; y cuando vió luz, y cerca de sí aquel hombre que tenia en la mano la taza de veneno, incorporándose con mucho trabajo á causa de su debilidad, se sentó, y tomando la taza, le preguntó ¿si tenia alguna noticia de sus soldados, y especialmente de Licorta? Respondióle el ministro que los mas habian logrado salvarse; dió con la cabeza señal de aprobacion, y mirándole benignamente: Buena noticia me das, le dijo, pues que no todo lo

hicimos desgraciadamente; y sin decir ni articular mas palabra, bebió, y volvió otra vez á acostarse. El veneno no encontró obstáculo para producir su efecto, pues estando tan débil, lo acabó muy pronto.

Luego que la noticia de su muerte se difundió entre los Aqueos, las ciudades todas cayeron en la afliccion y desconsuelo, y concurriendo á Megalópolis toda la juventud con los principales no quisieron poner dilacion ninguna en el castigo, sino que eligiendo por general á Licorta se entraron por la Mesenia, talando y molestando el pais, hasta que, llamados á mejor acuerdo, dieron entrada á los Aqueos. Y Dinocrates se apresuró por sí mismo á quitarse la vida: de los demas cuantos dieron consejo de deshacerse de Filopemen tambien se dieron por sí mismos la muerte; y á los que aconsejaron que se le atormentase, los hizo atormentar Licorta. Quemaron luego el cuerpo de Filopemen, y recogiendo en una urna los despojos, dispusieron su conduccion, no en desórden y sin concierto, sino reuniendo con las exequias una pompa triunfal: porque en un mismo tiempo se les veia ceñir coronas y derramar lágrimas; y juntamente con los enemigos cautivos y aherrojados se veia la urna tan cubierta de cintas y coronas, que apenas podia descubrirse. Levábala Polibio, hijo del general de los Aqueos, y á su lado los principales de estos. Los soldados armados y con los caballos vistosamente enjaezados seguian la pompa, ni tan tristes como en tan lamentable caso, ni tan alegres como en una victoria. De las ciudades y pueblos del tránsito salian al encuentro como para recibirle cuando volvía del ejército: acercábanse á la urna, y concurrían á llevarla á Megalópolis. Cuando ya pudieron incorporárseles los ancianos con las mujeres y los niños, el llanto del ejército discurrió por toda la ciudad, afligida y desconsolada con tal pérdida, previendo que decaía al mismo tiempo de la gloria de tener el primer lugar entre los Aqueos. Diósele pues honrosa sepultura como correspondia, y en las inmediaciones de su sepulcro fueron apedreados los cautivos de los Mesenios. Siendo muchas sus estatuas y muchos los honores que las ciudades le decretaron, hubo un Romano que en los infortunios que la Grecia expe-

rimentó en Corinto, propuso que se destruyeran todas, para perseguirle despues de muerto, en manifestacion de que en vida habia sido contrario y enemigo de los Romanos. Se trató este asunto, y se hicieron discursos en él, respondiendo Polibio al calumniador, y ni Mumio ni los legados consintieron en que se quitasen los monumentos de tan insigne varon, sin embargo de la contradiccion que en él habian experimentado Tito y Manio; y es que aquellos supieron preferir, segun parece, la virtud á la conveniencia, y lo honesto á lo útil: juzgando recta y racionalmente que á los bienhechores se les debe el premio y el agradecimiento por los que recibieron el beneficio; pero que á los hombres virtuosos les debe ser tributado honor por todos los buenos. Y esto baste de Filopemen.

TITO QUINCIO FLAMINIO.

Cual hubiese sido el semblante de Tito Quincio Flaminio, que comparamos á Filopemen, pueden verlo los que gusten en un busto suyo de bronce, que con una inscripcion en caracteres griegos se conserva en Roma junto al Apolo grande traído de Cartago en frente de Marco: en cuanto á sus costumbres dícese que fue de genio pronto para la ira y para los favores; aunque no del mismo modo, pues siendo ligero y no rencoroso en el castigar, los beneficios los llevaba hasta el extremo, mirando constantemente con amor é inclinacion á aquellos á quienes habia favorecido, como si hubieran sido sus bienhechores, teniéndolos por la mejor posesion: así los conservó siempre en su amistad, y se interesó por ellos. Siendo por carácter muy amante de honores y codicioso de gloria, aspiraba á hacer por sí acciones generosas é ilustres, y se complacia mas en hacer bien á los que á él acudían que en ganarse la voluntad de los poderosos, considerando á aquellos como objeto de su virtud, y á estos como rivales de